



Docentes que cuentan en pandemia. Acerca del proceso de escritura de docentes de Nivel Inicial en espacios educativos para hijas e hijos de estudiantes de secundaria madres y padres



María Laura Galli

Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Nodo Filo de la "Red de Formación Docente y Narrativas Pedagógicas". memoriapedagogica@gmail.com

"Docentes que cuentan en pandemia", así se llama el compilado de relatos de experiencias que realizamos un equipo de 24 docentes de Nivel Inicial hacia fines del año 2020. En el año 2014, comencé a desempeñar el rol de coordinadora pedagógica de cuatro espacios educativos diurnos y dos vespertinos que pertenecen al Programa Primera Infancia.¹ Estos espacios funcionan dentro de escuelas secundarias de la Ciudad de Buenos Aires y reciben a hijas e hijos de alumnas madres y alumnos padres que estudian allí, o bien en escuelas cercanas, mientras cursan su jornada escolar.

1. Programa Primera Infancia, Gerencia Operativa de Inclusión Educativa, Subsecretaría de Coordinación Pedagógica y Equidad Educativa. Ministerio de Educación del GCABA.

¿Cómo surgió la idea? Evocar recuerdos, bucear en la memoria

Tal vez debería volver hacia un tiempo atrás. Evocar recuerdos, bucear en mi memoria, identificar aquellas situaciones, personas, voces o sentires que puedan ser las razones. Varios caminos o tal vez bifurcaciones que sin darnos cuenta nos van llevando hacia lo que perseguimos. Acontecimientos que solo a la luz de su búsqueda y relación entre sí van configurando una trama narrativa que construye sentido. Un sentido que configura una experiencia o tal vez muchas que en diferentes contextos y situaciones priorizan siempre el valor de la palabra, el registro de experiencia vivida que hace historia, que deja testimonio de una época, de un hacer y ser docente.

Año 2003, me encontraba trabajando en un proyecto que se llamaba "Fortalecimiento del carácter educativo de jardines infantiles comunitarios con la inclusión de docentes de nivel inicial"², proyecto "JIC" tal como lo llamábamos nosotras, el equipo que lo conformaba. Cinco docentes y Verónica Kaufmann,³ nuestra coordinadora. Luego de nueve años de haber trabajado como maestra en la Escuela Infantil N° 4, del Barrio Ramón Carrillo, en Villa Soldati, me convocaron a trabajar en este proyecto. La experiencia

2. Proyecto "Fortalecimiento del carácter educativo de los Jardines Infantiles Comunitarios a través de la inclusión de docentes", proyecto que dependía de la Dirección de Planeamiento, en la por entonces Secretaría de Educación del GCABA. (2002-2012).

3. Verónica Kaufmann fue coordinadora del Proyecto de Fortalecimiento de los JIC durante todo su desarrollo. Integró el equipo que elaboró propuestas curriculares para el nivel inicial en CABA y Prov. de Buenos Aires. Capacitadora y autora de publicaciones vinculadas a la temática de la primera infancia.

era prometedora y desafiante al mismo tiempo. Al menos así la sentí en un principio, y la viví por muchos años más, diez para ser exacta.

A mediados de año, en una de las reuniones de equipo que manteníamos todos los días viernes, Verónica nos acercó una propuesta por demás interesante: documentar la experiencia que veníamos desarrollando en los jardines, contarla, escribirla. Así fue como conocimos a Daniel Suárez⁴ y su equipo. Un grupo de personas que, entre muchas otras cosas, dedicaban su tiempo, y aún siguen haciéndolo, a generar espacios de convite para la escritura, a través de la Documentación Narrativas de Experiencia Pedagógicas en tanto dispositivo de transformación de la práctica docente.

Así fue como comenzamos a escribir nuestra historia, a un año de haberla iniciado. En el equipo ya veníamos escribiendo acerca de nuestro trabajo en los JIC. Semanalmente solíamos entregarle a Verónica una síntesis de lo realizado durante la semana, el desarrollo de alguna propuesta, comentarios sobre las educadoras, dudas, inquietudes. Todo lo escribíamos. Era una manera de tener registro de nuestra tarea diaria y de que Verónica estuviese al tanto para orientarnos y realizar los ajustes necesarios. Sin embargo, la propuesta de documentar pedagógicamente la experiencia le imprimió un matiz diferente. “Escribir” tal vez era el denominador común, entre el antes y el ahora, pero el encuadre que sostenía “la escritura de relatos pedagógicos” le imprimió a este ejercicio un sentido diferente.

La dinámica de trabajo en los JIC imprimía un tinte diferente a la tarea docente que se construye sobre la matriz de representaciones tradicionales, académicas y normativas del rol docente. Trabajar junto con adultas a cargo de las niñas y niños pequeñas/os que no eran docentes. En espacios educativos que no eran escuelas. Discontinuidad y fluctuación en la asistencia y concurrencia de las niñas y niños a las salas. Nuestro recorrido itinerante por los espacios a lo largo de la semana. Particularidades y condiciones que hacían de este trabajo algo muy diferente y ajeno a lo conocido y propio. Contextos que nos alejaban de nuestros entornos escolares conocidos y estructurantes, para adentrarnos en otros espacios que nos impulsaron a ensayar, probar, innovar y construir *Otra forma de ser maestros*.⁵ Todo esto configuró una experiencia que “valía la pena” ser contada y compartida con otros colegas. *El mérito de ese trabajo, si bien tuvo un valor en sí mismo, es que ofrece a otros el sentido de una experiencia sin aspiraciones objetivas, académicas, explicativas o normativas. De lo que se trató, entonces, fue de poner a prueba otros modos de escuchar, de escucharse, de escribir y de escribirse hacia otros sentidos que no muestren el camino seguro, verdadero, a prueba de desgracias escolares, sino caminos complejos, repletos de desafíos y nuevas preguntas, que nos pongan en disposición y posición de pensar y hacer, de hacer y pensar con esto que pasa y que nos pasa.*⁶

La narrativa como trama para el acompañamiento a la tarea docente

Mi paso por esa primera experiencia de documentación narrativa no fue ni será sin consecuencias, imposible que lo fuese. Se me hizo carne la necesidad y la tarea de seguir contando historias con otros y con otras. La escritura fortalece una relación pensante con la experiencia. Experiencias que entran sentidos a partir de esas simples y fugaces escenas que nos suceden a diario, que nos toman como protagonistas o testigos. Experiencias que nos marcan, nos dejan huella, nos emocionan, nos transforman y nos hacen sentir el ardor de salir a contarlas y compartirlas. De esta manera el ejercicio de escribir se convierte en una herramienta transformadora de nuestra tarea. Cuando las y los docentes narramos, interpretamos e interpelamos pedagógicamente nuestra práctica, la transformamos y le damos sentido. Los relatos nos dan la posibilidad de

4. Daniel Suárez, Profesor Titular del Depto. de Ciencias de la Educación e investigador del Instituto de Investigaciones en Ciencias de la Educación, de la FFyL de la UBA. Director del Programa Red de Formación Docente y Documentación Pedagógica de la Secretaría de Extensión y Bienestar Estudiantil de la misma facultad.

5. *Otra forma de ser maestros: Una experiencia de inclusión de docentes en Jardines Infantiles Comunitarios de la Ciudad de Buenos Aires*, coordinado por Verónica Kaufmann. 1ª ed. Buenos Aires: Dirección General de Planeamiento de la Secretaría de Educación GCBA, 2004.

6. “El taller de documentación de experiencias pedagógicas”. En *Otra forma de ser maestros: Una experiencia de inclusión de docentes en Jardines Infantiles Comunitarios de la Ciudad de Buenos Aires*. LPP y Programa Memoria docente y documentación pedagógica. 2004.

volver sobre lo hecho para seguir construyendo nuevos saberes sobre la práctica al ras de la experiencia pedagógica.

La escritura se venía haciendo camino en nuestra tarea diaria. Desde mi rol de coordinación de los equipos docentes, intentaba que la escritura en su estructura narrativa recorriera los intersticios de la práctica docente cotidiana. No fue un camino sencillo ni espontáneo. Resultaba complejo acceder a soltar la mano hacia otras formas de decir y contar la experiencia. Dejar a un lado ciertos tecnicismos o formas estandarizadas de nombrar la experiencia pedagógica. Palabras y expresiones que, si bien forman parte de nuestras prácticas y discursos, muchas veces eclipsan nuestras reflexiones; permiten que nos escondamos detrás de ellas o que estemos al resguardo de cualquier posible error que ponga al descubierto algún no saber. Mi intención era invitar a las docentes a que dieran cuenta de su mundo educativo con sus propias palabras, contextualizadas en el aquí y ahora de cada sala, de cada grupo de niñas y niños, de cada familia, de cada pareja pedagógica, de cada escuela que nos alojaba.

Paulatinamente la narrativa comenzó a tener lugar en nuestras planificaciones. En los relatos de las niñas y niños que escribíamos para nuestras familias. Compartir con ellas alguna situación particular acontecida en el espacio. La narrativa también fue teniendo lugar en los relatos que les escribía a las docentes luego de compartir con ellas el devenir de una jornada en el espacio. Acompañar a los equipos docentes desde ese lugar valoraba sus experiencias y a partir de allí las potenciaba. La lectura de esos relatos abría al diálogo y a la conversación en torno a una trama que permitía compartir, enriquecer y democratizar saberes y un saber hacer que día a día iba siendo cada vez más particular y construyendo más identidad y pertenencia.

Mi trabajo en estas salas “para alumnas madres”, tal como se nos conocía, me recordaba mucho mi trabajo en los JIC. Acá también la práctica docente se jugaba en un territorio que difería del escenario escolar tradicional. Nuevas prácticas surgían a partir de la experiencia diaria. La convivencia entre las niñas y niños y sus mamás y papás, en una misma institución por un lapso de tiempo es una de las características fundantes de la relación entre espacio educativo y familia. Un estar juntos en diferentes espacios (sala y aula). Saber uno del otro más allá de la corta distancia que los separan temporal, espacial y simbólicamente y de aquellos indicios que les anticipan el momento de estar juntos/as, el sonido del timbre del recreo, el llanto del bebé cuando llega la hora de ser amamantado, el bullicio de los/las alumnos/as cuando salen al patio. Adolescencia y maternidad, conjugándose en una trama dinámica y amorosa. El espacio que se expande en su dimensión vincular. Un espacio amoroso, que aloja, que recibe, que hace lugar. Niños/as jugando y descansando. Mamás amamantando, terminando alguna tarea escolar en las horas libres o salvando inquietudes respecto de la maternidad y la crianza.

Sin embargo, encarar intencionalmente un proceso de documentación narrativa de experiencias pedagógicas se tornaba difícil. La documentación en tanto dispositivo de trabajo entre docentes requiere de ciertas condiciones de enunciación y posibilidad. Espacio y tiempo son variables centrales para darle cabida a este proceso. Las decisiones institucionales también lo son.

La virtualidad y la configuración de un nuevo espacio, tiempo y “lugar común”

Apenas iniciado el mes de marzo de 2020 y en pleno período de recibimiento y acompañamiento inicial de las niñas y los niños, la cuarentena nos tomó por sorpresa en el momento mismo en el que nos reencontrábamos con algunas familias que ya venían

de años anteriores y comenzábamos a conocernos con otras que se acercaban por primera vez. Ahí mismo, cuando la presencia y cercanía se hacía vital para establecer vínculos y darle un lugar al juego como mediador en esa construcción. Ahí mismo, la cuarentena nos llamó a tomar distancia. ¿Cómo mantendríamos vivo ese vínculo? ¿Cómo daríamos inicio en estas condiciones de lejanía en las miradas, los cuerpos y las voces? ¿Cómo hacer para que el juego, la música, la literatura y el arte continuaran mediando y generando encuentros?

Estas y muchas otras preguntas se agolparon en nuestros pensamientos, en nuestras acciones e indecisiones. Salimos al ruedo casi sin darnos tiempo. Pensar y hacer, repensar y rehacer. Inventar y reinventar, configurar y reconfigurar. Así salimos a planificar nuestra tarea. Una tarea que encontró en nuestros hogares su espacio de gestación y en las familias su destino.

¿Cómo pensar nuestra tarea en tiempo de cuarentena? Fue la pregunta recursiva que nos hicimos una y otra vez cuando a mediados del mes de marzo de 2020 el gobierno nacional decretó el aislamiento social, preventivo y obligatorio a raíz de la pandemia desatada mundialmente y que ya afectaba incipientemente a nuestro país.

Se nos venía por delante una tarea bien diferente a la que conocíamos. Una tarea posiblemente nunca imaginada. Por un período de tiempo incierto. Una práctica distinta, que se configuró desde el vamos en otro escenario pedagógico, alejado de los espacios educativos que nos alojaban físicamente. Un escenario en el que la virtualidad abrió un espacio y tiempo de encuentro con las familias mediado por dispositivos y conectividades y, a través de ellas, la posibilidad de alimentar y mantener nuestro vínculo con las niñas y niños. Por otra parte, la virtualidad inauguraba una nueva dimensión para el encuentro y el trabajo entre docentes y coordinadora, para planificar, comentar y evaluar las propuestas. Para contarnos cómo estábamos, cómo nos sentíamos, cómo vivíamos en este contexto de incertidumbre y desasosiego.

En muy poco tiempo, aprendimos a trabajar de una manera que jamás hubiéramos imaginado. Desde nuestras casas, fuera de la sala y de la escuela. Aprendimos de nosotras/os mismas/os, y también nos fuimos enseñando. Cada una/o con lo que sabía, con lo que estaba más familiarizada/o. Con nuestros saberes previos e iniciativas. Reconfiguramos los equipos de trabajo a partir de esos saberes, de las distancias, de las disponibilidades personales y familiares. Asumimos otras tareas, como la de repartir cajas de alimentos, el armado de las carpetas virtuales, la comunicación con las familias a través de la tecnología. Planificamos teniendo en cuenta a las familias como mediadoras de las propuestas que ellas mismas pondrían al alcance de sus hijas/os. Tendimos puentes confiando en que del otro lado estaban esas familias y las niñas y niños. Comprendimos que los silencios no eran sinónimos de desinterés sino, tal vez, un estar del otro lado con mucha más necesidad de recibir que de dar. Apostábamos a que más allá de las respuestas, el juego, la literatura y el arte, tuvieran un lugar en la cotidianeidad de la vida de las niñas y niños en su confinamiento.

Un latido experiencial despertó nuevamente mi necesidad de escribir, de escribir con otras/os, de tornar pública nuestra experiencia, de darle lugar a que saliera de la intimidad de nuestros hogares, de nuestras conversaciones, de nuestras anécdotas y llegara a oídos de otros docentes. La experiencia de escritura de los JIC se reinventaba en esta nueva experiencia. Incentivó nuevamente mis ganas de escribir, de hacer de nuestra tarea un relato pedagógico, una experiencia escrita, además de vivida.

La experiencia de trabajo desde la virtualidad nos ofrecía un tiempo y espacio diferente de encuentro para conversar, para planificar, para evaluar, para decir, para desahogarnos. Un tiempo de encuentro a pesar de la distancia que mediaba entre nosotras.

Paradójicamente, un tiempo de estar juntas y compartir la escucha y la palabra que en nuestra estadia física en los espacios no teníamos. Nuestro estar en los espacios implica atender y cuidar de las niñas y niños, un estado de atención y acción constante en torno a ellas y ellos, que deja poca posibilidad para la conversación y menos aún para la escritura.

La virtualidad configuró un espacio y un tiempo en nuestros hogares que pudimos poner a disposición de la escritura. El primer relato que les propuse escribir a las docentes fue de corte autobiográfico, con la intención de que pudieran situarse en el aquí y ahora de la cuarentena, en relación a su vínculo con la tarea. Alentar el pasaje del decir al escribir en torno a “¿Cómo estoy transitando mi rol de docente en esta cuarentena?”. Inmensa fue mi sorpresa cuando comencé a recibir los 24 relatos. Relatos que lograban expresar mucho más de lo que sus autoras compartían en los encuentros virtuales. Cuando invitamos a escribir, el texto logra su plenitud cuando hay otra persona que lo lee. Así lo hice de inmediato. Acompañé cada lectura con un comentario hacia su autora con relación al texto. Palabras o frases construidas con respeto y valoración. Alentando el hecho de animarse a escribir, de autorizarse a hacerlo. Muchas veces escribir implica exponerse, y más aún cuando eso que escribimos nos pone a la intemperie y cuenta acerca de lo que nos pasa, lo que sentimos, lo que pensamos. Muchas otras veces, el escribir parece ser patrimonio de los que saben, y en efecto los/as que saben escriben acerca de ese saber. Pero, la documentación narrativa de experiencias pedagógicas da lugar a que sean las y los docentes quienes escriban acerca de lo que saben, acerca de ese saber que se construye en las prácticas dentro de las salas, de las aulas, de cualesquiera de los espacios educativos que habitemos. Es su voz la que enunciada en primera persona interpela, interpreta y significa el mundo escolar. La que las/os posiciona como partícipes y autoras/res en la construcción de un saber práctico a partir de las experiencias de las que forman parte.

“Mi rol en cuarentena”; “Desde este lugar, pongo luz a los silencios y abro nuevas preguntas para continuar con la tarea”; “Somos con Otros”; “Creo que sí, supimos entender esta ‘obligación’ como una ‘oportunidad’; “Otras formas de abrazarnos” fueron algunos de los títulos de esos relatos autobiográficos.

A principio del mes de octubre, les compartí una segunda invitación para escribir. Les escribí literalmente una invitación:

Hemos recorrido un largo e intenso camino hasta aquí. Comenzamos el año, como lo hacíamos habitualmente y de golpe, giramos 180° en un santiamén. Aprendimos a trabajar de una manera que jamás hubiéramos imaginado. Desde nuestras casas, fuera de la sala y de la escuela. Aprendimos de nosotras mismas, y también nos fuimos enseñando. Cada una a partir de lo que sabía, con lo que estaba más familiarizada. Con sus saberes previos e iniciativas. ¡¡¡Hemos hecho mucho!!! ¡MUCHÍSIMO! Y las invito a dar un paso más para dar cuenta de todo este camino, para seguir dando otros pasos. Las invito a que se detengan por un instante más e intenten recordar alguna situación que vivieron en estos meses. Alguna situación puntual, que haya sido importante para cada una. Una situación, una conversación, una respuesta, una anécdota que no les haya pasado desapercibida. Puede ser en relación a las familias, con las niñas y niños, con sus compañeras de trabajo, con ustedes mismas. No necesariamente tiene que ser una experiencia “color de rosa” o exitosa si confiamos en que de los errores aprendemos. Tampoco tiene que ser una situación necesariamente feliz, si priorizamos dar lugar a la expresión de cada uno de nuestros sentimientos y emociones. Sencillamente tiene que ser algo que dé cuenta de alguna experiencia que sintamos que vale la pena ser contada y compartida. Las

invito entonces a escribir una experiencia y convertirla en un relato, con sus propias palabras, que narre nuestra tarea en tiempo de cuarentena.

Nuevamente mi asombro, nuevamente mi alegría. Los relatos comenzaron a llegar a mi casilla de correo. También los mensajes de las docentes preguntando si habían llegado, si los había leído, si hacía falta modificar o agregar algo. Cada comentario que les hacía procuraba adentrarse en cada historia. Buscar profundidad en la experiencia que se estaba escribiendo o en aspectos de la misma. Habitualmente, los comentarios se elaboran en forma de pregunta, pero preguntas que no buscan necesariamente sus respuestas. Son preguntas que invitan a quien escribe el relato, a leerlo y advertir si dice lo que quería decir. Son preguntas que de alguna manera se esconden en el relato y que al encontrarlas permiten abrir sentidos.

Los relatos fueron creciendo a lo largo de algunas reescrituras, las docentes incorporaron detalles que daban cuenta de haber estado allí. Ampliaban algunos párrafos, abreviaron otros, cambiaron palabras y afianzaron otras. Incorporaron preguntas que se hacían a sí mismas, también reflexiones propias o de las personas que compartieron la experiencia. Juntas pudimos establecer una “relación artesanal con la escritura”, parafraseando a Jorge Larrosa. Tallando cada relato de manera que cada experiencia pusiera en relieve toda su singularidad.

“Un día de entrega de bolsones alimentarios”, “La videollamada”, “Pasan los días... continuamos con la modalidad virtual”, “Docente Take away”, “Se cerraron puertas y yo elijo abrir ventanas” fueron algunos de los relatos producidos en este colectivo de docentes de nivel inicial. Testimonio de época, historización de una manera de ser docentes y hacer una práctica diferente. Empujadas por la necesidad de reinventarse y reconstruirse, de seguir apostando a una práctica transformadora que sobreviva y que perdure en su sentido innovador.

Sin dudas, la virtualidad generó un espacio y tiempo como condiciones que posibilitaron llevar adelante este proceso de escritura motivado por un decir docente que necesitó perdurarse en sus propias palabras. Pero también hubo otra condición que generó esta posibilidad de escritura y tal vez haya sido el desconocimiento, como denominador común que nos atravesó como docentes. Condición que se gestó a partir de un “no saber” y un “no saber hacer” que nos puso en igualdad de condiciones, democratizando de alguna manera ese desconocimiento que nos impulsó a construir una práctica pedagógica desalojada de su materialidad física, prescindiendo del encuentro entre los cuerpos, construyendo nuevos vínculos con las familias, acuñando palabras que lograran convertirse en abrazos. El desconocimiento como “lugar común” nos puso en paridad y horizontalidad para revisar nuestros saberes. Reconsiderarlos a la luz de un acontecimiento tan ajeno e inédito que vivimos y aún seguimos viviendo. Todas las voces tenían en sí mismas un valor. Esta perspectiva democrática de la palabra permitía alejarnos, notoriamente, de la perspectiva burocrática y elitista de la escritura.

“Docentes que cuentan en pandemia” es un relato colectivo en el que se despliega una trama narrativa pronunciada en la voz del nosotros que fue entretejiendo experiencias de docentes que cuentan su experiencia pedagógica en tiempos de pandemia. Una historia en común que se gestó sin perder las singularidades. Acontecimientos que dejaron huella. Lecturas en voz alta que nos animaron a comentar otros textos. Ampliar sentidos. Acordar y disentir. Identificarnos y diferenciarnos. Construir confianza para decir, autorizarnos a escribir. Tomar distancia sobre nuestro quehacer cotidiano y recuperarlo desde otro lugar. Posicionarnos en un punto de reflexión e invención sobre nuestro accionar pedagógico.

María Laura Galli

Es docente de Nivel Inicial y Licenciada en Psicopedagogía. Realizó el Posgrado de Especialización en Educación Infantil, en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Se desempeña como coordinadora pedagógica en el Programa Primera Infancia, del GCBA. Es profesora de Didáctica de Nivel Inicial en el Normal N°7, de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Actualmente participa en proyectos de capacitación en la OMEP. Es integrante del Nodo Filo de la Red de Formación Docente y Narrativas Pedagógicas y autora y co-autora de diversas publicaciones de experiencias pedagógicas vinculadas a la educación en la Primera Infancia.